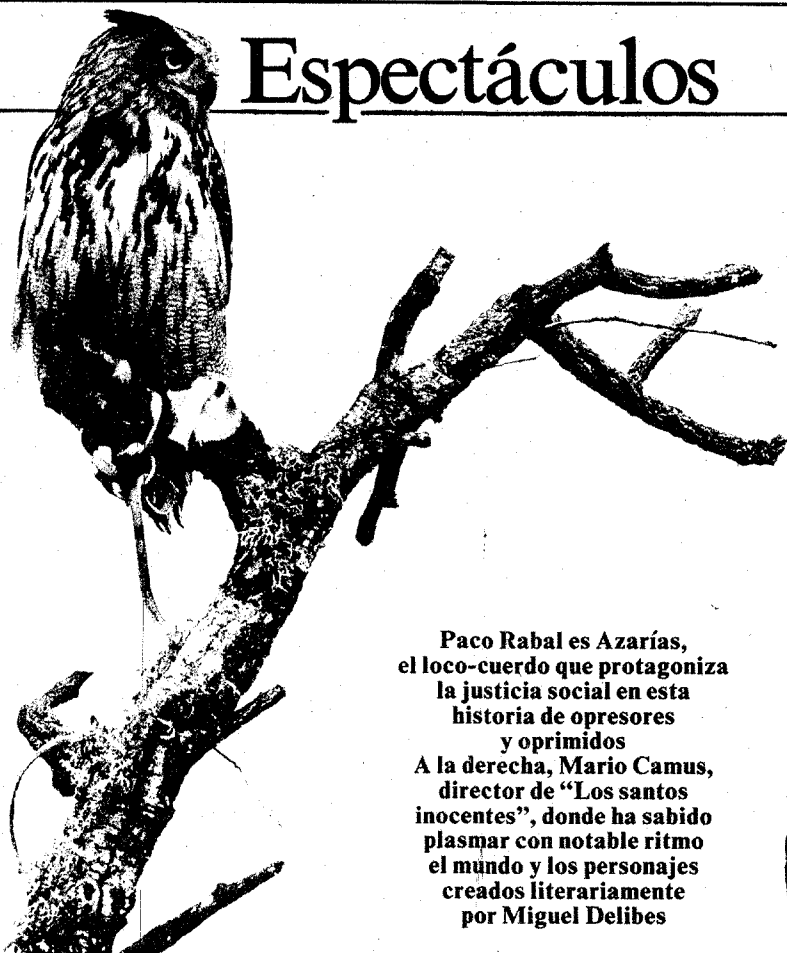


Mario Camus: "Hay un hallazgo que no podemos perder: el público"

En Cannes se han enterado por fin de que no es Albert ni Marcel, sino Mario Camus. Para ello ha sido suficiente la presencia de "Los santos inocentes", versión filmica de la novela homónima de Miguel Delibes, que ha sido considerada mayoritariamente como una obra maestra del cine español. En Cannes, además, dos de sus actores, Paco Rabal y Alfredo Landa, se llevaron el codiciado premio de interpretación.



Paco Rabal es Azarías, el loco-cuerdo que protagoniza la justicia social en esta historia de opresores y oprimidos. A la derecha, Mario Camus, director de "Los santos inocentes", donde ha sabido plasmar con notable ritmo el mundo y los personajes creados literariamente por Miguel Delibes.



Su filme "Los santos inocentes", un desafío del cine español

EL joven Camus, que empezó en Barcelona respaldado por Iquino, al laureado Mario Camus, que nos ha representado este año en Cannes con "Los santos inocentes", hay la huella del tiempo en sus sienes. Hoyes un director maduro y cotizado. "Fortunata y Jacinta" en TVE y "La colmena", con su premio en Berlín, le han encumbrado definitivamente después de una carrera en la que ha habido sus más y sus menos. Mario Camus no pretende ser un autor, o en todo caso pretende serlo a la manera de un Hitchcock, un Huston o un Ford. Su fuerte han sido las adaptaciones literarias y ya en Cannes, hace bastantes años, presentó "Con el viento solano" en compañía de Antonio Gades, recién descubierto por Rovira Beleta y antes de su etapa sauriana. Pero entonces Camus era un desconocido. Me cuenta que el único crítico que habló bien de su película en Cannes fue uno que le confundió con Marcel Camus ("Orfeo Negro"). Este año nadie le ha confundido ya ni con Albert ni con Marcel, e incluso, indirectamente, ha sido premiada su labor en la persona de sus actores Francisco Rabal y Alfredo Landa. Por mucho que quisiera disimularlo, Mario estaba encantado con que su película representara oficialmente a España y abriera la puerta a otros realizadores del país que no fueran el inevitable Saura. De todo eso hablamos en la terraza del Grand Hotel. Fueron unos agradables minutos con Mario, que no he querido interrumpir con acotaciones superfluas, para respetar el realismo de la acción.

Las sugerencias de Miguel Delibes

—¿Cómo se ha producido tu reencuentro con Julián Mateos, en este caso en funciones de productor de "Los santos inocentes"? Recuerdo que vuestra primera colaboración se remonta a "Young Sánchez", una de tus primeras películas.

—Yo hice con Julián Mateos en Barcelona "Young Sánchez" en 1963, mi segunda película. La primera la hice con Iquino. Fue "Los farsantes". ¿Cómo nos hemos vuelto a encontrar? Bueno, yo siempre he seguido la carrera de Julián y aunque en todos estos años no hemos coincidido, vivimos cerca uno del otro. Hace un año vino a hablar conmigo porque tenía interés en que hicieramos algo de teatro. Yo le hablé de esta novela y en este sentido fue un hombre con una fe absolutamente pasmosa. Ahora todos los productores dicen que la película está muy bien, pero estoy absolutamente

convencido de que no la hubiera hecho nadie, solamente la fe de Julián. El leyó la novela, sólo tardó unas horas en decirme que estaba dispuesto a hacerla. Todo fue sobre ruedas. Yo tenía que cumplir un compromiso en la Argentina, buscar los guionistas, comprar los derechos de Delibes... y la verdad es que ha sido una colaboración absolutamente exacta. Se ha hecho cargo de esta película que no era a priori ni fácil ni sencilla.

—Te has mantenido muy fiel a Delibes, incluso hasta el extremo de que hay como una especie de final de capítulos.

—Es exactamente lo que yo he pretendido. Lo cierto es que me gustaba mucho la disposición de capítulos. Y de pronto esa historia que va contada en los años sesenta, la historia del chico que vuelve del servicio militar, la hermana que trabaja en la fábrica. Eso lo hemos añadido nosotros. Fue una sugerencia suya. Nos contó que el auténtico Azarías estaba en un manicomio. Esto nos valió para hacer la parte superior: la historia que siempre recurre al recuerdo.

—¿Se trata entonces de un caso auténtico?

—No creo. Ya sabes que todos los novelistas de los años cincuenta eran muy buenos oídos: Aldecoa, Delibes, la Matute, Cela, gente que se pateaba España de arriba abajo, conocían muy bien los problemas del pueblo español y de la gente humilde, sabían muy bien cómo hablaban. Sus novelas son de una precisión lingüística asombrosa.

Una novelística postergada

—Has hablado de Aldecoa, del que adaptaste "Con el viento solano". ¿Representa quizá "Los santos inocentes" un regreso a tus primeros tiempos en el cine?

—No. Me he referido en general a esta generación de novelistas que trabajaba en los años cincuenta, casi en la oscuridad, y de una manera, si me apuras un poco, casi olvidados. Esa generación me parece formidable. Y me he referido a Aldecoa porque viene un poco al caso al hablar de la novelística de esos años. Yo le conocí y tengo un recuerdo imborrable, pero venía a cuento para hablar de una novelística un poco arrinconada por lo que tenía de social, de realista, de naturalista. Fue un poco postergada y yo creo que es muy recuperable. En el caso de Delibes está en plena vigencia todavía y lleno de imaginación.

—Te estás convirtiendo en el director oficial de las grandes adaptaciones literarias: "La colmena", ahora "Los santos inocentes". Tu trayectoria ha sido



Alfredo Landa, premiado conjuntamente con Paco Rabal en el último Festival de Cannes, interpreta Paco "El Cojo". Otro perdedor histórico, como Régula, su mujer, papel que nos devuelve el rostro y el talento de Terele Pávez, una actriz no demasiado habitual en las películas españolas. En el segundo fotograma, Agustín González y Maribel Martín



un poco paralela a la evolución de la novela española. ¿Necesitas esta aportación literaria para sentirte cómodo?

—Hay dos maneras de contestar esta pregunta. Una, que toda la cinematografía del mundo, desde que el cine es cine, multitud de grandes películas están basadas en novelas. De momento, en Cannes, Huston viene con una novela que él mismo adaptó, "El hombre que pudo reinar", de Kipling. Huston hizo "La reina de Africa", de Forrester.

—No ha sido un reproche.

—No, pero lo digo cuando surge esta cuestión. John Ford adaptó a Steinbeck en "Las uvas de la ira" y a Graham Green en "El fugitivo". Es decir, que el cine está lleno de adaptaciones, buenas, malas, regulares. Y en este caso creo que la adaptación tiene una gran ventaja. La novela está decantada, escrita, tiene sus lectores. El mundo del novelista ya está contrastado. Y por

esta parte estoy muy tranquilo. No me importa nada que me pongan esa etiqueta porque estoy un poco en contra de los que piensan que un filme es de uno sólo. Hay un movimiento colectivo en torno a un filme. Así es, quieran o no quieran, desde el operador hasta el guionista, los actores, hay mucha gente implicada.

Contar la historia del país

—¿Qué autor, qué novelista nunca adaptarías al cine?

—No lo sé. Yo tengo un gusto muy definido y no te hablo de lo que no haría. Lo que haría, por ejemplo, es revisar toda la generación del 98, los narradores como Valle-Inclán, Baroja. Unamuno quizá me interesa un poco menos, pero también se puede revisar. En el caso de la televisión, hay que revisar toda la literatura española. ¿Cómo te explicabas que la televisión haga películas de autor y no haya re-

visado "El lazarillo de Tormes", todavía, o "El Quijote" y, en cambio, lo hagan los rusos?

—¿Has estado apoyado por TVE en la realización de "Los santos inocentes"?

—Es un problema de Julián, en este caso. En cuanto a "Fortunata y Jacinta" tuve un buen apoyo de televisión. La película se hizo en coproducción con los franceses y funcionó perfectamente en todos los países donde se ha proyectado, incluido Suecia.

—Normalmente, la Dirección General juzga a los directores. ¿Podrías tú juzgar ahora a la Dirección General que funciona actualmente en España?

—Sí, muy positivamente, porque yo he intervenido en toda la nueva reglamentación, y lo digo con una sensación de orgullo quizás excesivo. No he intervenido sólo yo, sino un montón de directores de cine. Nos hemos sentado a la mesa y hemos hablado con la directora general, que también es colega. Juntos hemos hecho una legislación. Nosotros y otras personas más, por supuesto. Y creo que mejor que la anterior, y muy acertada, que dará sus frutos y que, de hecho, ya los está dando. Se trata de movilizar a la gente en torno a una serie de temas, a una manera de hacer cine, dar a la gente el dinero que necesita y procurar que el Estado financie aquello que merece la pena en un orden cultural y artístico. Es una postura absolutamente correcta. Además de esto, tenemos hoy día un hallazgo que nos ha venido a las manos y que no podemos perder: el público.

—¿Cuál es tu proyecto inmediato?

—Ahora no tengo. Hablarle de ideas sería interminable. Quizá me decida a hacer una cosa de la España de hoy. Una cosa que cuente lo que ocurre en determinada provincia, pero en torno a cosas de ahora, de 1984.

—¿La presencia en Cannes de "Los santos inocentes" puede favorecer su difusión internacional?

—A mí lo que más me importa y me conmueve es que la gente haga cola para ver la película en Madrid y Barcelona, y que la gente vaya a verla en las diferentes provincias y pueblos de España. Personalmente, todo lo que es competición no me divierte mucho, a pesar del premio de Berlín. La competición está bien para el fútbol. Las películas, los pintores o las novelas son otra cosa.

—Pero quizás era conveniente demostrar que teníamos en España alguien más que Carlos Saura...

—Sí, en este aspecto, me alegro de lo de Cannes. Carlos ya no necesita demostrar nada. Está sobradamente introducido. Y, además, Francia es un país vecino y el cine es un trabajo en cadena, lo que hace uno repercute en los demás. Creo que en este momento, y gracias a la política de la Dirección General, estamos todos implicados en el hecho, y cada uno tiene la obligación de aportar algo.

Por lo menos el mundo del cine sabrá que, además de un Albert y un Marcel, existe también un Mario Camus.

JUAN-FRANCISCO TORRES